

EL PURACE

(Sobre la explosión del 4 de octubre de 1869)

Por: ROBERTO BLAKE WHITE, I. C

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 45 y 46, Volumen XIII
Primero y Segundo Trimestre de 1955*

Una masa rugiente de llamas, de todo el ancho del cráter, se levantaba a una altura de más de 5.000 pies; sobre las llamas una negra columna de humo continuaba levantándose en densas masas; todo ello era iluminado por un incesante relampaguear en zigzags, de maravillosos colores y más arriba aún una nube inmensa, gris y negra aumentaba lateralmente, con gran rapidez en tamaño y se extendía como un palio Intenté conseguir de los habitantes que volvieran a sus casas diciéndoles que habríamos de tener una lluvia de cenizas antes del amanecer; mas fue inútil; —estaban demasiado asustados—. Cientos huyeron a las llanuras cercanas al río Cauca, en donde en menos de dos horas los aterrorizó la tremenda creciente del río, que tiene su canal principal al pie del volcán y cae entre éste y Popayán más de 2.000 pies en quince millas. Esta avenida fue causada por el casi instantáneo fundirse de no menos de 8.000.000 de pies cúbicos de nieve que demoraban en la falda de la montaña, y el torrente de agua arrastró consigo muchos más millones del suelo volcánico disgregado que formaba las faldas y la base del cono, junto con las enormes cantidades de material arrojado por la explosión, formóse así un diluvio de lodo que arrastraba consigo rocas de más de cien toneladas de peso; este barro, intensamente ácido destruyó toda la pesca del río Cauca y de las lagunas que lo rodean, en una distancia de más de 300 millas.

A las cuatro de la mañana fui despertado por tremendos golpes en la puerta, y hube de darme prisa para admitir al gobernador del estado y a sus secretarios a quienes acompañaba una multitud de gente. Venían a suplicarme en nombre de la humanidad, que fuera al volcán e informara sobre el peligro que pudiera aún amenazar la vecindad; decían que yo era el único hombre de Popayán

competente para formar una opinión; lo cual era verdad, porque al decir del proverbio español en tierra de ciegos el tuerto es rey. De tal manera que, reconociendo la necesidad y no dando tanto pensamiento al riesgo como al fenómeno interesante que habría de contemplar, dije:

—Voy.

A las cinco de la mañana todo estaba listo. Como compañeros tenía dos peones, un voluntario llamado Teodoro Boevin, un alemán fallecido ya, y un empleado del gobierno que habría de actuar como ecónomo y comisario, llamado Rafael Mosquera, que vive aún. Particularmente buenos eran nuestros caballos; cruzamos el río Cauca a su orilla derecha por el puente español de piedra que milagrosamente había resistido la avenida, y a las siete, de Pisojé, obtuvimos una maravillosa vista del volcán. Una inmensa columna de vapor, estriada de llamas, se levantaba del cráter a gran velocidad hasta una altura de una milla o más en donde formaba nubes como cúmulos densos, que se levantaba, masas sobre masas, impelida por el poderoso aliento, hasta que a una elevación de unas tres millas se extendía a derecha e izquierda como el follaje de un árbol inmenso. Parecía que hubiese poco humo y ninguna ceniza; de tal manera que el prospecto no era descorazonador. En cuanto a la ceniza que había caído, cubrió los campos a una profundidad de pulgada y media, que aumentaba al acercarnos al volcán; no es esto una cantidad excesiva, porque más grande aún cayó al sur y al suroeste, llevada por el viento; la lluvia de piedras cerca del volcán fue de importancia y en la hacienda de Coco- nuco mató los rebaños.

A eso de las once llegamos al valle del río Anambío, formado por las quebradas que vienen de los flancos W y NW del Puracé. A lado y lado del río había terrazas sembradas de anís; encontramos estas terrazas cubiertas de lodo, y ni trazas del camino; de tal manera, que tuvimos que enviar a un hombre con un palo para que fuese sondeando; este lodo tenía tres y tres y medio pies en los lugares menos profundos. Tomamos las bestias del cabestro, levantamos los estribos, nos desvestimos y empezamos a atravesar el mar de lodo, con la ayuda de buenos bordones. Bien rudo era el trabajo, pero así luchamos alegremente por unas trescientas yardas, hasta el río; el agua era caliente y muy ácida; vadeamos con gran prisa y luego nos hundimos en otras trescientas yardas de lodo en la otra orilla. Hasta aquí habíamos encontrado el lodo viscoso y de muy mal olor, lo que era de esperar; pero lo que no sabíamos era que pudiera picar en la piel. Como el sol calentaba, el barro empezó a secarse rápidamente, y al instante sentimos un tremendo picor causado, claramente por un amplio porcentaje, de ácido sulfúrico presente en el lodo. Y, ¿en dónde lavarnos? Quinientas yardas adelante había un riachuelo; poco nos demoramos, nos resolvimos y corrimos; en esta carrera no había orden, ni era del todo respetable, ni a la manera aceptada para excursionistas. Un objeto teníamos... el cual era muy urgente. Cuando nos hubimos lavado en lo

que no hubo prisa, nos encontramos ardidos al color de langosta, de la cintura hacia abajo; de manera que hubimos de jabonarnos y lavarnos mejor antes de seguir nuestro viaje. Continuamos un poco más respetuosos del Puracé y con cierta curiosidad, sobre las futuras diversiones que pudiera guardarnos el volcán.

Llegamos a la aldea de Puracé a las 2 p. m., en donde fuimos recibidos de manera entusiasta. Muy asustadas estaban las gentes, pero nadie había dejado el lugar. Fuerte había sido la lluvia de piedras, que no eran muy grandes, y únicamente unos pocos habían sido lastimados. Bramaba roncamente el volcán con solo una explosión cada quince o veinte segundos...

Al otro día a las 7 a.m., salimos. La montaña se encuentra a una distancia de tres millas únicamente y el Camino es bastante bueno, pero gastamos tres horas para alcanzar el campamento, porque teníamos que recolectar leña y reunir paja seca para las camas y el rancho. Llevamos bueyes y caballos —ambos de tamaño enano, como *shetlands*— acostumbrados a subir a la montaña para bajar nieve a Popayán, y unos quince indígenas fuertes y avispados que fueron escogidos por su capitán y amenazados de' severa paliza si no sé manejaban bien (únicamente su propio jefe los puede tratar así; pero él es muy atento a los deseos del Alcalde). Escogí el sitio de mi viejo campamento del año anterior; su altura sobre el nivel del mar es de unos 13.050 pies y la temperatura iba de treinta grados Fahrenheit en la mañana a 55° en la hora más caliente del día. El lugar estaba guarecido del viento y había una fuente de agua clara y otra de caliente, suficientemente pura para lavar y cocinar. Un riachuelo de gran volumen descendía de la cara occidental de la montaña y caía desde una repisa de lava, a unas treinta yardas de distancia, en una bella cascada de cien pies, y se hundía en una precipitosa cañada. Hacia el este, el terreno se levantaba en plano inclinado, de unas 500 yardas de ancho por 800 de longitud norte-sur. Esta planicie se denomina «Los cenizales», y a su extremo oriental está el pie del propio cono del Puracé. El cono tiene una gradiente de 40 grados hasta el borde del cráter, 2.000 pies (610 metros) de altura vertical sobre el campamento, y distante unos 4.200 pies (1.280 metros) en línea recta. Teníamos por consiguiente, una visión muy nítida de toda la faz occidental del cono.

Antes de caer la noche estábamos muy bien acomodados. Se levantó una tienda para los peones, y para mi compañero y para mí se construyó un rancho de cespedones de paja —lo último de la vegetación— techado con la misma paja. Los indígenas excavaron un horno y un hueco para el fuego, de la manera que acostumbran, en una barranca cercana. Cuando ya habíamos comido y las sombras caían, empezó el espectáculo. La pirotecnia era impresionante lo bastante a la luz del día,

pero en la oscuridad era en verdad maravillosa, y —debo decirlo— aterradora tanto a la vista como al oído.

Todo el cráter estaba encendido; bramadoras lenguas de fuego eran despedidas de él a más de 1.000 pies como disparadas con fiera violencia; no se retorcían y ondulaban cual las llamas comunes, sino que parecían exactamente lo que eran: un chorro poderoso de gas bajo enorme presión. Encima de las llamas se levantaba una columna de vapor, blanco, rojo, anaranjado, amarillo, azul verde, de todos los colores, iluminando por la deslumbradora brillantez, y seguía el loco ascender de la llamarada por no menos de 2.000 pies, y entonces empezaba a romperse en cúmulos de masas que aparecían coronadas por una nube negra que iba extendiéndose, Quizá esta nube parecía negra solamente por contraste, porque en su seno se contemplaba el terrible espectáculo del rayo zigzagueante, ramificado y como en disparos, que no cesaba un instante. Posiblemente el bramar del volcán impedía que se oyera su trueno, que, de todas maneras, no era distinguible. Supuse que la electricidad era generada por el vapor, acordándome del experimento de nuestras primeras lecciones en física.

La tierra era sacudida en continuo temblor, claramente causado por la salida veloz del chorro de vapor y de gas; mas me sentí bien seguro de que no corríamos gran peligro en donde estábamos y sintiéndonos bastante enfriados —en estas alturas los 32° F. (0° centígrados) no es chanza alguna— nos acostamos a eso de las ocho. Poco hacía que nos hallábamos dormitando cuando oímos una especie de nuevo bramar de la montaña; pronto creció en intensidad; parecía originado de más cerca y un sonido como de golpe o tambores. En cinco minutos ese tronar volvióse aterrador; claro entonces, pareció que una avalancha o diluvio de alguna clase bajaba con velocidad de la montaña. Todos nos levantamos: los indios corrieron a alguna elevación cercana; abajo vino la avenida, porque tal era, con un sonido ensordecedor al arrojarse sobre los precipicios en la cañada de al lado. La tierra se sacudió a medida que las inmensas rocas se rompían en el fondo y se hacían añicos la una contra la otra en su caída. Sin embargo todo pasó en dos minutos. Después, a expensas de alguna molestia y calmados los temores de los indios, todos nos acostamos otra vez, y yo intentaba imaginarme el por qué de esta extraña ocurrencia que podía volverse a repetir. Mi explicación de ello fue que la temperatura baja de la noche condensó la gran nube de vapor que se levantaba del cráter y produjo una fuerte caída de nieve, la cual se fundió rápidamente en la superficie calentada del fondo, y el agua, recogiendo nieve sin derretir, suelo disgregado y rocas, formó un torrente de lodo de gran volumen y poderosa fuerza. Eso era así, pero mi explicación, aunque distraía nuestros temores, no nos salvó de la molestia que, hora por hora durante toda la noche, nos causaban estas avenidas, rugiendo y bramando y golpeando tan

cerca de nuestro campamento. La cabaña era nuestra salvaguardia, tal como yo había calculado lo sería en el caso de que una capa de ácido carbónico rodara de la montaña, un peligro del cual ya había tenido antes alguna experiencia.

Vino la mañana y nos encontró bien y listos para el ascenso al cono... Únicamente una ruta era practicable para llegar al cráter: la que seguía una arruga de la cara noroeste del cono... Pero faltaba una brisa del noroeste, sin la cual las gudejas perdidas de vapor y de gases hacían imposible el ascenso. El viento soplaba del lado más desfavorable, y empleé todo el día en estudiar lo que pude del carácter de la erupción. Poca ceniza había caído, porque como ya se dijo, su mayor volumen había sido soplado hacia el lado sur y el sureste; pero sí había caído una gran cantidad de rocas; algunas eran de enorme tamaño y se habían enterrado en la ceniza suelta en donde quedaban escondidas en charcos hirvientes de lodo; otras habían golpeado lo más duro, y sus fragmentos estaban regados por todo el contorno, y otras, más pequeñas aún no habían penetrado mucho en el suelo. De éstas algunas excavé y examiné; muchas estaban aún calientes y algunas de las grandes, lo suficiente para encender un cigarro. Sin embargo no encontré bombas ni signos de fusión de las rocas, sino, raramente, una vidriación superficial, como se puede producir por uña llama instantánea.

Al próximo día las cosas se pusieron peor; había muy poco viento y la nube de humo colgaba sobre la superficie; los gases sulfurosos nos alcanzaron en nuestro campo, y nos causaban gran incomodidad, especialmente al comer, pues los alimentos sabían a azufre y a huevos «a la francesa».

La próxima mañana amaneció brillante, soplaba una fuerte brisa del noroeste y el ascenso era libre. Partimos, Boevin, Mosquera y yo, con dos indios escogidos; llevábamos una palendra y, como provisión, algo de panela, que, como alimento productor de calor, es el mejor en estos altos viajes...

Caminando por esos campos de ceniza, en los que se hundían los pies, tuvimos gran dificultad en cruzar una cañada al pie del cono. Las avalanchas, sin embargo, habían dejado nada más que las piedras en sus rampas precipitosas, y la pudimos cruzar con seguridad. Las solfataras soplaban furiosamente y los humos azufrados eran muy fuertes. El suelo estaba muy caliente, y cuando una vez me detuve un momento para mirar en sus gargantas bellamente cubiertas de azufre dorado, creí que se me quemaban las botas. Nos apresuramos y seguimos el ascenso diagonal hacia la

Horqueta; allí el caminar era más fácil porque la nieve fundida había barrido el material suelto y desnudado el terreno firme...

Hasta aquí la brisa nos había favorecido del humo, pero ahora empezó a flaquear y las guirnaldas de humo bajaban y nos envolvían; era asfixiante; cubríme boca y nariz con mi pañuelo y los indios usaban las faldas de sus camisas; cuando nos alcanzaba un soplo más fuerte, nos tirábamos contra el suelo ¿levantábamos una pequeña barrera de nieve delante de nuestros rostros; podíamos únicamente ganar 20 o 30 yardas en cada esfuerzo; por último pensé que tendría que dejarme vencer; estaba medio asfixiado y los ojos me ardían dolorosamente. Echado contra el suelo sentí una fuerte brisa, y mirando a través de los dedos, vi adelante unas rocas que sobresalían; me supuse que estaba en el borde del cráter, y, aspirando una bocanada de aire fresco, hice un último esfuerzo por alcanzarlo. Seguramente era el borde del cráter, y yo me dejé caer súbitamente en manos y rodillas, porque no tenía el más mínimo deseo de caer en él. No puedo describir adecuadamente lo que vi. Tal inmensidad de llamas queda fuera de toda descripción. El ruido debía ser terrible, pero no lo oí porque estaba demasiado ocupado en mirar. Concentré todas mis facultades en el ansia de ver el cómo de esa cosa terrible, y esto es lo que yo vi:

El fondo del cráter era de un rojo oscuro y apagado; la salida de los gases y el vapor era invisible, porque no había condensación ni llamas: todo el fuego estaba arriba. A los dos tercios del fondo aparente la violencia enorme de las llamas saltaba hacia el cielo en furiosa velocidad; de ese punto, el centro de combustión, las llamas dardeaban hacia abajo. Cómo habrían de dirigirse en ese sentido, cómo se retorcían y relampagueaban, cómo las lenguas poderosas de fuego parecía que quisieran penetrar el pavoroso abismo que jamás alcanzaban, es imposible de describir. Todos los colores del espectro eran visibles, espléndidos, brillantes! Experto en el Soplete, yo pensaba: «Ahí hay cobre, sodio, estroncio, potasio, magnesio, cromo, níquel, todo lo que colora la llama!». El relampaguear y asaetear de las llamas era parecido a lo que algunas veces se ve en las auroras boreales.

